

Gregory Boyle

Si encuentras un trabajo para un muchacho de tu vecindad, puedes estar seguro de que otro ocho mocitos del mismo barrio te van a ver para que les busques trabajo. A fines de mayo me llamó Chico. “Búscame un trabajo”, me espetó, con lo que yo diría, bastante cara dura. “Pero si yo ni siquiera te conozco. ¿Qué te parece si primero nos vemos?”

Busqué un hueco para ir a su casa, no lejos de mi oficina, en una calle en cuesta arriba, detrás del Alto de Roosevelt. Chico tiene 16 años y procede de una zona vecina, que se formó hacia los años 40, en la época de Pachuco (el del mono con cremallera). Saludé a la madre de Chico, una mujer pequeña y agradable, que está contenta con su hijo, y al mismo tiempo muestra su temor por el camino que su hijo cholo ha elegido. Y es claro que mi visita le agrada.

Chico y yo nos sentamos en el porche de entrada. Es un muchacho de piernas largas, y de aspecto casi cómico. Como la mayoría de los mocitos del barrio, su pelo al cero ha dejado largas patillas y mechones sobre sus orejas, un tanto largas. Son más notables que la mayoría. Su sonrisa está pronta y deseosa de mostrarse, siempre muy en la superficie, y dispuesta a salir al menor pretexto. Chico es tímido y nervioso, y sin embargo habla de temas que normalmente no salen tan pronto en las conversaciones con otros jóvenes. Hablamos de su madre, de la familia, y del estado actual del barrio en relación con sus enemigos vecinos. Un chico agradable, que se me hace más simpático por pedir un trabajo a ojos cerrados.

“Si te encuentro un trabajo ¿hay algún oficio que tu has querido aprender, o elegir?” Contesta rápidamente, sin necesidad de pensarlo, “Si, ordenadores. Siempre he querido conocerlos y manejarlos”. Le aseguro que intentaré darle gusto, y le prometo que haré lo que pueda.

Pocos días después, llamé a Chico. Mi búsqueda de un trabajo en ordenadores me llevó al Centro Chrysalis, un centro de recursos, sin afán de lucro, para los sin techo. Sabía que habían recibido recientemente un banco de ordenadores, y les hice una oferta. Les dije que conocía a este muchacho, Chico, y que él quería aprender todo sobre ordenadores. Les dije que iba a la escuela en las mañanas, y podría trabajar en el Centro de una a cinco de la tarde, de lunes a viernes. Yo pagaría su salario semanal, buscando el dinero en algún sitio. “Vosotros hacéis de tutores y le enseñáis todo lo que vosotros sabéis. Llamemos a eso un trabajo”. Estuvieron de acuerdo.

“Bien, comienzas a la 1,00” le digo a Chico por teléfono, concretando nuestras condiciones. “Si no vas a la escuela por la mañana, no se te ocurra ir al trabajo. Y yo me enteraré si has hecho novillos. El trabajo es un privilegio. Ir a la escuela cada día te lo ganas. Tendrás dos jefes. A uno lo verás el lunes, y con el otro estás hablando ahora. Si me entero que pierdes el tiempo, te duermes o creas problemas (y yo me enteraré), te va a costar caro. ¿Estás enterado?” “Si, jefe, Muchas gracias, le prometo que no le dejaré en mal lugar”. Y termino yo la conversación. “Tu sabes, mocito, que conozco a miles de muchachos, y te he elegido a ti para este trabajo. Me alegro de conocerte y estoy seguro que lo harás muy bien. Buena suerte”.

Pasó el lunes, seguido del martes, y entramos en el miércoles, y yo sin saber nada de Chico. Me resistí a llamarle, a la espera de que él me llamase a mi. Nada. Empecé a pensar que quizás se había desilusionado de mí. Quizás mis indicaciones no eran claras y él no encontró el lugar de trabajo. Quizás sucedió algo, no pudo ir, y no se atreve a llamarme. Me rascaba la cabeza pensando en la falta de comunicación por parte de Chico, cuando la máquina del fax empieza a soltar un mensaje en mi mesa. Veo al comienzo del papel el membrete “Chrysalis Center”. El texto está escrito a mano con letras vacilantes. Es de Chico:

*G -
Estoy aprendiendo a usar el fax
Estoy aprendiendo un monton de basura aqui
Con afecto,
Chico
P.S. Me gusta el trabajo
gracias por habérmelo buscado*

CHICO

Dos meses más tarde la primera visita que recibí, a las 7,30 de la mañana. fue la de Rosa, la mamá de Chico. Me dice que la noche anterior estaba con algunos amigos cerca del porche de su casa. Pasa un coche despacio, bajan los cristales, hay un intercambio de palabras y finalmente comienzan a disparar desde el coche. Una bala hiera a Chico en la parte alta posterior del cuello, y ahora se encuentra en la sala de cuidados intensivos del Hospital General.

Salgo inmediatamente

Entro en la unidad y veo a Chico tendido, delgado con tatuajes, vestido sólo con una camisa grande, entubado, con todos los controles necesarios instalados. Su mirada fija, ojos abiertos, dirigida al techo, cubierto de losetas acústicas. Un médico a los pies de su cama escribe notas en una pizarra. Me dirijo a él para conocer el estado del paciente. “Padre” me dice el médico internista, “nunca he visto una parálisis tan elevada”. Y señala a lo alto de su propio cuello. “Es tan alta que sospechamos haya daños en el cerebro, aunque aun no estamos seguros de ello”. El médico se va y yo me acerco a Chico. Sus ojos aún no dan señales de haberme visto. Permanecen fijos en el techo, sin parpadear, abiertos más de lo que parece posible. Me inclino : “Chico”. No se mueve. No da señales de reconocermme. Le administro la unción de los enfermos. Le froto generosamente con el óleo, esperando contra toda esperanza que el bálsamo penetrará en su cuerpo inerte, y que el óleo nos traiga a los dos alguna compensación por esta loca e inútil pérdida de vida. No sucede nada. Solo me queda pensar.. “menos mal, al menos no sabe lo que le pasa”. Para decir verdad la visita del día siguiente sería cosa dura. Realmente cruel para mi. Un torrente de escenas vinieron a mi memoria en los horas después de la visita y me hicieron ver con claridad la enorme pérdida. Todavía veo a Chico esperándome en el porche los viernes por la tarde. A diferencia de otros muchachos que esperan su paga, nunca tuve que tocar el claxon, ni salir del coche para buscar a Chico. Él estaba siempre sentado en su porche. y yo casi siempre llegaba tarde. El siempre veía venir el coche que subía la empinada cuesta de la estrecha calle y venía deprisa (Los muchachos en este barrio no corren, a no ser que persigan a alguien). Saltaba al asiento, junto al conductor, y ya nadie le sacaba de allí. Allí sentado charlaba y charlaba. Ya hacía mucho tiempo que las reticencias y la timidez

habían desaparecido. Y hablaba y preguntaba sin parar. Era un “buen preguntón”. Preguntaba sobre muchas cosas. Y sin faltar jamás las preguntas sobre Dios (¿Cómo si yo lo conociera!) “¿Se enfadará Dios si tengo relación con mi chica?” ¿Cómo cree usted que es el cielo? ¿Cree usted que Dios nos oye?”. Ciertamente el tiempo que algunas veces tenía que pasar con él, en el coche, preguntándome qué pensaba Dios, valía más que la paga semanal. Y hasta el día de hoy siento no haber estado más tiempo con él.

Al día siguiente fui a visitarle. Encontré a Chico como lo dejé el día anterior. Los ojos del todo abiertos, centrados en el mismo sitio del techo. Pero de todos modos hice un intento para comunicarme. “Chico”, dije junto a su oído. Sus ojos rígidos se derritieron en un instante y me miró, y no se separaron de mí. Me quedé petrificado y sin habla. Los ojos de Chico se llenaron de lágrimas. Los míos también. “¿Sabes quién soy, hijito? Y en cuanto sus ojos pudieron moverse un poco expresaban afirmación. El sólo podía mover sus ojos. “¿Sabes hijo, (y me costó mucho decirlo), que todos te queremos mucho a ti?” Esta última frase le conmovió y lloraba sin freno. Y su cara me decía, de una forma clara, “¡Sácame de este cuerpo! “.

Le di la extremaunción, como lo había hecho el día anterior, y pesaba para mí: “la buena noticia es que está vivo, y la mala que conoce lo suficiente para desear no estarlo”. Nuestros ojos estaban unidos entre sí mientras me retiraba de la unidad de cuidados intensivos. Sus ojos parecían que querían salirse de sus órbitas y ser llevados a otro lugar. La puerta se cerró detrás de mí, pero al cerrarse no hizo desaparecer los ojos intensos de Chico.

Una semana más tarde el corazón de Chico se paró, incapaz de sostener por más tiempo el sufrimiento traumático. Y al bendecir la cruz dorada que reposaba en su féretro, se la di a Rosa con un abrazo, y pensaba que ahora ya podía dar rienda suelta a mi profundo dolor. Por mucho tiempo me había contenido y lo había guardado en mi interior. Tenía que atender a la familia de Chico, su amiga, sus compañeros. Pero ahora di permiso para que esta pena ocupase un lugar muy íntimo de mi corazón. Cuando muere un muchacho se agolpan en mi memoria de repente y en tropel las muertes de los otros que ya se fueron. Me encuentro sin defensas al darme cuenta que la muerte de Chico es la octava en tres semanas. Y es sorprendente que este pensamiento se me presente en este momento.

Decidí apartarme del féretro y apoyarme en un árbol solitario, no muy lejos de la multitud. Permanecí allí solo, dando rienda suelta a mi dolor

CHICO

y lloré la gran pérdida. Al poco tiempo el agente de la funeraria vino a mi lado. Es más un conocido que un amigo. Ahora rompe el silencio de mi dolor y sin saberlo entra en el espacio reservado para mí. Me molesta mucho el sentirme molesto. Siento la obligación, clara y necesaria, de romper el silencio, de recibir al agente funerario en mi espacio reservado, aunque no esté invitado a entrar en él. Me quito las gafas y limpio los cristales. Señalo apenas al féretro de Chico y sé que tengo que decir algo para romper el silencio. “Era un tipo estupendo”, susurro al agente funerario. Y él, en una voz alta y disonante dice :”¿Lo era?” *MI CORAZÓN SE HUNDE. SE EXACTAMENTE LO QUE QUIERE DECIR. ÉL ESTÁ COMPLETAMENTE AJENO A LA REALIDAD . ALGO PARA LO QUE ÉL NO ESTÁ PREPARADO. ¿CÓMO PUEDE DECIRSE QUE UN CHOLO DE 16 AÑOS, MUERTO DE UN BALAZO, CERCA DE SU CASA, PUEDA SER UN TIPO ESTUPENDO?* Y sin embargo nada puede variar esta realidad: que Chico era un hijo del que cualquier padre estaría orgulloso al llamarlo hijo.